

Clásicos Modernos

El polizón del Ulises

Ana María Matute



ANAYA

1.ª edición: febrero 2014

© Del texto: Ana María Matute, 1965, 2014
© De la ilustración de cubierta: Esther Gómez Madrid, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-6087-0
Depósito legal: M-431-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos **Modernos**

El polizón del Ulises

Ana María Matute



ANAYA

Índice

1. La casa de las tres señoritas.....	9
2. Así vivió Jujú en casa de las tres señoritas.....	21
3. Así vivía Jujú en el Ulises.....	31
4. Una noche de lobos.....	42
5. Jujú recibe un susto.....	49
6. Jujú toma una decisión.....	56
7. El entrepaño secreto cumple su función	65
8. El mar, la injusticia humana y varias cosas más ...	73
9. Diario de a bordo del Ulises	82
10. Jujú cumple once años	88
11. El gran día amanece	95
12. El río	104
13. El despertar	111

1

LA CASA DE LAS TRES SEÑORITAS

La historia que voy a contar arranca de cierta noche de mayo, en casa de las tres señoritas. Ocurrió hace tiempo, pero la verdad es que lo mismo pudo ocurrir hace cien años, que dentro de otros cien, que ayer, o que hoy. Porque esta es solo la historia de un muchachito que, un buen día, creció.

■ 9

Pues bien, cierta noche de mayo, de cualquier año, de cualquier país, llamaron con tres fuertes aldabonazos a la puerta de las tres señoritas.

Las tres señoritas se llamaban Etelvina, Leocadia y Manuelita. Las tres eran hermanas, huérfanas de un rico terrateniente, y solteras. Ninguna de las tres se casó, porque:

ETELVINA: Despreciaba a los hombres del contorno, y nunca salió del contorno. Por tanto, llegó a los cuarenta y siete años —la noche de mayo en que empieza esta historia cumplía esa edad— soltera y orgullosa, sin otro amor que la lectura de la «Historia del Gran Imperio Romano». Esta hermosa historia constaba de doce volúmenes, encuadernados en piel roja y oro, y perteneció al Gran Bisabuelo de las

tres señoritas, rico terrateniente también (como su padre y el padre de su padre). La lectura y el estudio de esta historia la habían empujado a escribir ella misma otra «Nueva Historia de la Grandeza del Gran Imperio», y entre lecturas y escritos, pasó la mayor parte de su vida. Así continuaba. Empezó a leer a los ocho años, y aún seguía. A los veinticinco comenzó a escribir la suya propia, y aún seguía. Esto explicaba, en parte, que, tras conocer al dedillo la vida, hazañas y grandeza de los emperadores romanos, los hombres del contorno, que solo entendían de hortalizas, caballos, piensos y cacerías, no la entusiasmaran en absoluto. Todo lo contrario, la aburrían soberanamente.

10 ■ LEOCADIA: Contaba ya muy maduros cuarenta años. Esta señorita no despreciaba en absoluto a los hombres del contorno, y tenía una idea muy vaga de los emperadores romanos. Pero era muy romántica, refinada y sentimental. Tocaba el piano con verdadero arte, y oírla era, según la cocinera Rufa, capaz de arrancar lágrimas a las piedras. Ella soñaba, desde los quince años, con un extraño hombre de rizos rubios y ademanes suaves, y claro está, si a los hombres del contorno no los despreciaba, los temía. Aborrecía el humo del tabaco, la caza, las botazas de clavos y el lenguaje grosero. A su vez, intimidaba a los pobres solteros que se le acercaron: era tan exquisita que, ante ella, los pobres no sabían cómo moverse, y se azaraban, derramaban las copas, rompían sillas o pisaban el rabo de los gatos. Acababan huyendo de ella como del diablo, para sentirse cómodos, vociferando y echando la ceniza de sus cigarros donde les viniera en gana. Esta señorita cocinaba muy bien, sabía hacer ricos pasteles y confituras, y se ocupó de plantar un bello jardín

en un rinconcito del huerto (después de suplicar mucho a la señorita Manuelita, que solo estaba contenta donde veía cebollas, coliflores y tomates). La señorita Leocadia cultivó rosas, geranios, crisantemos, donjuanes de noche y girasoles. Era rubia, de ojos azules, y tenía unas manos muy bonitas, de lo que estaba muy envanecida.

Y, por último:

MANUELITA: Tenía treinta y siete años, y estaba tan ocupada llevando la administración y explotación de la finca, la dirección de la finca y el cuidado de la finca (cosa que ninguna de sus hermanas hacía), que, francamente, no tuvo nunca tiempo ni ganas de pensar en novios. Todos los días recorría las tierras a caballo, vigilaba de cerca la siembra, siega, recolección, riegos, ventas y ganancias. Era trabajadora y fuerte como un hombre.

■ 11

Una vez, un rico hacendado la pidió en matrimonio, y ella le contestó: «Ahora no tengo tiempo, después de la siega ya le contestaré». Pasó el tiempo de la siega, el de la siembra, el de la vendimia, el de las cerezas, el de las manzanas, el de las nueces. Siegas, siembras y recolecciones se sucedieron y, cuando un día, su hermana Leocadia le recordó que debía dar una contestación a su pretendiente, resultó que él se cansó de esperar, se había casado y ya tenía tres hijos. Esto pareció aliviar a la señorita Manuelita, que dijo:

—La verdad es que con todo este ajetreo, a buena hora iba a perder mi tiempo en bodorrios.

Y así, ninguna de ellas, como dije, se casó. Lo que no impedía que vivieran muy tranquilas y felices, en la gran casa, con su prado, su chopera, su huerta, sus viñas y todas sus grandes y hermosas tierras. Un bello río circundaba la

finca, profundo y verde, bordeado de chopos ancianos, álamos y robles. Y más allá, en la ladera de las montañas, se alzaba el misterioso bosque.

Así llegó la noche de mayo en que comienza esta historia. Serían aproximadamente las nueve, y las tres señoritas se disponían a cenar, en la gran mesa redonda del comedor. Acababan de desplegar las servilletas, cuando se oyeron tres fuertes aldabonazos en la puerta principal. El cielo aparecía ya de color malva, con una gran estrella.

—¿Quién puede ser, a esta hora? —dijo Manuelita.

12 ■ Etelvina y Leocadia se miraron entre sí y asintieron. Juana, la doncella, se echó un chal por los hombros y fue en busca del farol de las tormentas. A aquella hora ya habían cerrado y atrancado todas las puertas de la casa, con sus grandes pasadores y cerrojos, y llamó a Jericó, el mozo, para que la ayudase a abrir la puerta. Todas las noches, antes de cenar, las señoritas solían recorrer la casa, cerrando puertas y ventanas, con la mohosa escopeta del Abuelo y el farol. Esta era una viejísima costumbre aprendida de su Padre, y del Abuelo, y del Gran Bisabuelo, y se la llamaba «la caza del ladrón». Aunque jamás, que se supiera, habían encontrado ninguno. Entretanto, sobre el gran sofá de la sala, los retratos del Padre, del Abuelo y del Gran Bisabuelo sonreían bajo sus rizados bigotes.

Jericó fue a por las llaves, y recorrió el gran pasador de la puerta. Cuando Juana la abrió, solo la brisa, el perfume de mayo y el cri-cri de las mariposas cantoras, entraron en la casa. Jericó y Juana se miraron, asombrados.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Jericó, asomando la cabeza y mirando a un lado y otro.

Pero nadie, excepto los grillos, contestó. En aquel momento, Juana señaló al suelo: allí había una gran cesta, con tapadera, de las que usan los campesinos para guardar el pan.

—Mira —dijo—. Alguien dejó esto. Seguramente será un presente para la señorita Manuelita. ¡Ya sabes cuánta gente la quiere!

Juana levantó la cesta. Pesaba bastante, y supuso que contendría miel, harina, huevos y cosas así.

—Pues este —dijo Jericó, rascándose la nuca— es un verdadero agradecido, que ni siquiera se da a conocer.

Juana entró en el comedor con la cesta.

—Han traído esto para ustedes —dijo.

■ 13

Las tres hermanas levantaron rápidamente la cabeza del plato. Eran las tres muy distintas, pero tenían algo en común: el buen apetito y la curiosidad.

—¡A ver, a ver!

—¡Destápala!

—¿Qué será?

Juana acercó la cesta a la señorita Manuelita, que, aunque la menor, era la de más autoridad. La señorita Etelvina se puso las gafas, la señorita Leocadia pasó disimuladamente la lengua por sus labios, imaginando alguna tarta o confitura, y la señorita Manuelita sonrió, levantó la tapadera de la cesta y:

—¿Qué?

—¡Ay!

—¿Qué significa esto?

Por poco Juana deja caer la cesta. Dentro había, ni más ni menos, un niño. Un niño gordito, dormido, con un dedo

en la boca, envuelto en una vieja manta de colorines. No tendría más de un mes, aproximadamente.

Rufa, que andaba siempre escuchando, y Jericó, que no se había apartado de la puerta, entraron de un salto.

—¡Ah!

—¡Oh!

Dijeron, con muy poca originalidad. Y durante un buen rato, solo se oyeron aspavientos, gritos y exclamaciones. Poco después, sacaron al niño, lo pasaron de brazo en brazo, lo miraron, lo besaron, y, al fin, la señorita Manuelita envió a Jericó, con la escopeta del Gran Bisabuelo, a escudriñar los alrededores, en busca de una pista. Rufa hirvió leche y preparó el biberón, con una botella y un dedil de goma bien desinfectado. Juana rasgó un lienzo y se dispuso a confeccionar rápidamente unos pañales: porque el niño solo traía la vieja manta de colores, como las que usan los vagabundos o los gitanos. El niño seguía durmiendo, muy tranquilo al parecer. Y eso que las tres señoritas no paraban de disputárselo unas a otras.

14 ■

Jericó volvió al cabo de tres horas largas. Venía cansado y hambriento, porque, a todas estas, no había cenado.

—Nada. Nadie —dijo, porque era de pocas palabras, pero muy claras.

Y se comió medio pan, acariciando con él un huevo frito. Luego se fue a dormir, mucho más cansado de hablar que de andar.

Pero la verdad es que la noticia no entristeció a nadie. Más bien pareció alegrar a todas las mujeres.

—En fin —dijo Etelevina—. Vamos a acostarnos. Nada conseguiremos esta noche. Mañana ya se indagará.

Discutieron sobre quién llevaría al niño a su habitación. Lo echaron a suertes, y le tocó a Etelvina.

Al cabo de una hora, el niño se despertó, miró a su alrededor, abrió la boca y propagó al aire terribles alaridos y toda clase de muestras de descontento. Al cabo de un rato de vanas piruetas y gracias de la pobre señorita Etelvina, esta lo llevó a la habitación de su hermana Leocadia.

Leocadia lo recibió contenta y feliz. Lo acunó, le runruoneó una de sus melodías, y el niño, tras lanzarle una mirada de estupor, cerró los ojos y se durmió.

Al cabo de una hora, los terribles alaridos del niño obligaron a la señorita Leocadia a trasladarlo al cuarto de Manuelita.

■ 15

Esta también lo acunó, arrulló y paseó a grandes zancadas, haciendo el paso, el trote y el galope. El niño se sorprendió un tanto de aquellos extraños ejercicios de equitación, paró en sus llantos y sonrió complacido. Pero en cuanto la pobre señorita dejaba de trotar, galopar, etc., reanudaba en sus llantos y proclamaba a todos los vientos su descontento por este mundo. Así pues, cuando al cabo de una hora la pobre señorita Manuelita hubiera ganado con sobrados méritos el Gran Derby, se desplomó desfallecida en un sillón y llamó desesperadamente a sus hermanas.

Ya muy alto el sol, el muchachito decidió recostar la mejilla, meterse un dedo en la boca y cerrar los ojos. Él estaba sonrosado y fresco como un clavel, pero las tres señoritas se miraron y se hallaron pálidas, ojerosas, con las trenzas sueltas y jadeantes.

—En fin —dijo Manuelita—. Vamos a dormir un poco, y más tarde iremos a hablar con el alcalde.

A las doce se vistieron sus abrigos de terciopelo, se pusieron los sombreros de paja contra el sol, y Jericó enganchó la tartanita de grandes ruedas amarillas. Tenían un viejo Ford, que perteneció al Padre de las señoritas, pero permanecía en el cobertizo de los aperos y la leña, lleno de polvo, pajas y telarañas y ultrajado por las gallinas. No lo usaban nunca. Preferían la tartanita, con la yegua Martina, de grandes ojos color coñac y crin trenzada.

Manuelita chascó el látigo en el aire y partieron por el camino de los álamos, hacia el pueblo.

16 ■ El alcalde estaba regando, y cuando le avisaron que las tres señoritas estaban aguardándole en la Gran Sala de Festejos del Ayuntamiento, corrió por detrás de la huerta en busca de los zapatos y de la corbata. Cuando se hubo adecentado, acudió al Ayuntamiento. Su hijita Rosalía trajo rosquillas y vino dulce, y una larga vara con flecos de colores, para espantarles las moscas.

—Algo extraño ha ocurrido —dijo Manuelita con voz solemne.

Y le contaron lo sucedido.

El alcalde se quedó un buen rato con la boca abierta. La verdad es que no se le ocurría nada que decir. Pero su hijita dio dos palmadas en el aire y gritó:

—¡Lo han dejado los gitanos! ¡Padre, han sido los gitanos que pasaron ayer por el borde del río!

—¿Qué gitanos? —dijo el alcalde—. No he visto ningún gitano.

Preguntaron a todo el mundo. Pronto, todo el pueblo estaba reunido en la plaza, comentándolo. Pero nadie había visto a los gitanos. Sin embargo, la hijita del alcalde aseguró:

—Es verdad, yo los vi ayer tarde, los vi cómo iban con sus carros, reflejados en el agua del río, y oí sus canciones. Es verdad. Y he de decir otra cosa, aunque no me creáis: se dejaron enredado en los espinos un trocito de tela de colores, y yo lo cogí.

Subió a su cuartito, buscó la cajita donde guardaba las piedras redondas y azules del río, las tijeras de plata que heredó de su madre muerta, los cromos del chocolate, la cinta verde para la cabeza y aquel hermoso lápiz que encontró un día, rojo por un lado y azul por el otro. Allí tenía guardado un jironcito de tela, de tantos colores como el arco iris. Lo cogió y bajó la escalera, corriendo.

Cuando las tres señoritas vieron el jironcito palidieron. ■ 17

—¡Dios mío! Es igual al de la manta donde iba envuelto *nuestro niño*.

Y con aquel *nuestro*, ya estaba decidido el futuro del pequeño. Leocadia sacó del bolso la manta de colores que envolvió al niño, y, efectivamente, así era. La niña no mentía. Los gitanos, a no dudar, le abandonaron.

—¿Y adónde fueron esos bribones? —preguntó el alcalde, de mal humor.

Tenía verdaderas ganas de quitarse los zapatos y la corbata, y acabar de una vez con tan embrollada historia.

—Por ahí —dijo la niña, tan vagamente, que lo mismo podía ser el norte, el sur, el este o el oeste.

Montaron hombres a caballo y avanzaron por el azul norte, el dorado sur, el rojizo este y el neblinoso oeste. Nadie. Nada. Tal como dijera Jericó.

Buscaron todo el día y toda la noche, y volvieron muy cansados. Por tanto, Rufa hubo de matar y asar un cordero,

y Jericó acarrear un pellejo de vino, para calmarles el hambre y la sed. Y solo dijeron:

—Nadie vio por ninguna parte a los gitanos. Las señoritas se sintieron verdaderamente felices. Ya habían hecho al niño vestidos y zapatitos. Recién bañado, aún parecía más bonito y saludable. El niño les tiraba del pelo, les metía los dedos por la nariz y les decía algo así como:

—Grrrrffuiiz.

18 ■ En todo el día la señorita Etelvina no escribió una sola línea sobre los romanos; la señorita Leocadia no horneó, ni apretó una sola tecla, ni leyó una sola de las románticas novelas a que estaba suscrita, y que tan confortablemente la hacían llorar; y la señorita Manuelita se equivocó lo menos cuatro veces en sus cuentas, y no recorrió la finca a caballo.

Por la noche, antes de acostarse, la señorita Etel besó al niño y dijo:

—Me gusta porque es inteligente.

La señorita Leocadia lo besó y dijo:

—Me gusta porque es guapo.

La señorita Manuelita lo besó y dijo:

—Me gusta porque es fuerte.

Como ya habían aprendido a darle el biberón a sus horas, a cambiarle de pañales a sus horas y a distraerle a sus horas, el niño dormía plácidamente y los sobresaltos de la primera noche no se repitieron.

En los días que siguieron, las búsquedas continuaron, pero cada vez con menor entusiasmo. Por tanto, las tres señoritas se reunieron y dijeron:

—Vamos a adoptar al niño.

Volvieron a vestirse como si fuera domingo, engancharon a Martina en la tartana, y llevaron con ellas a Jericó y a Juana, como testigos. Rufa se quedó rezongando, pero no se podía dejar sola la casa y alguien tenía que preparar la comida.

En el último momento, Rosalía, la hijita del alcalde, que estaba escondida tras un abedul, saltó al pescante y les acompañó.

Por el camino dijeron:

—Debemos elegir un buen nombre.

—Como no tenemos hijos, él será nuestro heredero.

—Lo educaremos esmeradamente.

Las tres miraron enternecidas al niño, que hacía muecas y torcía los ojos, mirando a los vencejos que volaban muy bajos, dando gritos.

—Será un gran historiador —dijo Etelevina.

—Será elegante y hermoso como un príncipe —dijo Leocadia.

—¡Bobadas! Será un buen campesino y llevará la finca, como el Abuelo, como Papá y como yo. ¿Para qué nos lo quedamos, si no? Parecéis tontas.

Las otras callaron, pero no abandonaron sus ilusiones.

—Se llamará Marco Aurelio —dijo de pronto Etelevina, con ojos triunfantes.

—¡Se llamará Amado! —sonrió Leocadia, con ojos soñadores.

—¡Al diablo! Se llamará Manuel, como el Abuelo, como Papá y como yo. No se hable más —añadió Manuelita, con ojos severos.

Entonces, Rosalía, que iba en el pescante, se volvió y dijo, con su chillona vocecita:

—¡Pero si se llama Jujú!

Nadie pareció oírla. Y, sin embargo, aunque el niño fue bautizado, inscrito en el Registro Civil y adoptado legalmente por las tres señoritas como Marco Amado Manuel, todo el mundo le llamó siempre Jujú, y nada más que Jujú.

Una novela que plasma con maestría el ansia de libertad en la infancia. El hacerse mayor desde la pérdida, el dolor y la traición.

Tres hermanas solteras (Etelvina, Leocadia y Manuelita) encuentran un día a las puertas de su casa a un niño abandonado. Después de buscar a los padres sin éxito, las tres hermanas deciden adoptarlo y llamarlo Marco Amado Manuel, aunque todo el mundo lo conocerá por Jujú. Cada una de las tres hermanas se emplea a fondo en enseñarle al niño aquello que considera más importante en la vida para que se convierta en un hombre sabio, elegante y práctico.

Pero a Jujú lo que más le gusta es refugiarse en el desván para leer y leer. Allí creará su propio mundo con la compañía inseparable del *Ulises*.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579012

ISBN 978-84-678-6087-0



9 788467 860870

www.anayainfantilyjuvenil.com

AVENTURA



ANAYA